EXTREMADURA

DIARIO INDEPENDIENTE ✕✕ EDICION DE LA TARDE

AÑO XIV. — NUMERO 4.283 | CACERES, LUNES 19 DE ABRIL DE 1937 | APARTADO DE CORREOS 26 | TELEFONO 203

:: UNA PATRIA: ESPAÑA :: Texto íntegro del Discurso del Generalísimo :: UN CAUDILLO: FRANCO ::

El pueblo español reclama, en servicio de la Patria, la unión de todas las fuerzas que luchan por ella

Y el Generalísimo, invocando el nombre sagrado de los caidos, lo exige.—El peligro para Europa no estará en nuestra política viril sino en el bolchevismo.—En la paz, labor cuotidiana en servicio de España, con la misma fe, energía y obediencia que ahora se pone en el frente

Hemos dicho en otras ocasiones que el Generalísimo, que tan alto e indiscutible prestigio tiene ganado en el orden militar, en el cual nadie le disputa la primacía en España y no será aventurado afirmar que acaso en el mundo, daría a la nación la sorpresa de ser como gobernante una competencia tan grande, como la del militar.

El último discurso pronunciado por Radio que como siempre sucede en los grandes hombres, siempre es el mejor, acaba de confirmar la prestancia del gobernante.

Su clara visión de la relaidad, su serenidad olímpica en circunstancias tan críticas, como son la virulencia que adquieren los ataques guerreros del enemigo que presintiendo la victoria definitiva del Ejército nacional, se agita y revuelve desesperadamente, poniendo en movimiento los resortes de los poderosos elementos internacionales con que cuenta y que sería inútil desconocer, no enturbia su clara visión, ni debilitan su fe en el triunfo y así le vemos en el discurso, que prologamos dando por descontada la victoria, dirigirse a los españoles llamándoles a la unidad, unidad ideal y doctrinal y a la concordia más dificil de mantener en la victoria, que durante la lucha, para formar la nueva España; la España grande, que en el actual movimiento guerrero se está superanda a sí misma, reverdeciendo los laureles de las pretéritas glorias y el valor legendario de sus soldados que tan egregiamente están demostrando la persistencia de los valores de la raza.

Tan importante como el llamamiento a la unidad de los elementos españoles es el que hace a las demás naciones, como si saliéndose del marco del gobernante nacional, se erigiese en gobernante ecuménico, porque en realidad la gesta que tan gloriosamente dirige, rebasa las lindes del horizonte español para convertirse en lucha internacional, de la que en realidad es España el teatro y su Ejército el paladín más esforzado, anunciando también el hilo de su historia; pues siempre las luchas guerreras españolas revistieron caracteres mundiales y fué siempre providencial su intervención; para que el Islamismo no se desbordase por Europa; para que el protestantismo no adquiriese mayor extensión que el de las naciones de Alemania, Inglaterra y Holanda, como hubiera sucedido sin la espada de Carlos V y sin el tesón del fundador del Escorial y sin aquellos Tercios de Flandes cuyas glorias han hecho reverdecer nuestros regulares y legionarios.

Pocos hombres podrán dirigirse con mayor autoridad a todas las naciones; y bien seguro es que, cuando la guerra termine con la victoria indiscutible de nuestro Ejército, nadie podrá invocar mayores títulos para erigirse en figura de primer orden internacional.

¿Pues qué diremos de las constructivas, tajantes y afortunadas afirmaciones sobre el porvenir de España?

Como los israelitas en la reconstrucción del templo de Jerusalén, manejando con una mano el arco y con la otra la paleta, así el Generalísimo plasma la silueta de lo que será la futura España, cuyas palabras quisiéramos reproducir para no restarles un átomo de autoridad, de claridad y de belleza.

«España Nueva no será, evidentemente, una democracia liberal, formalista y vacía pero será, en cambio, algo más interesante, algo que al mismo pueblo importa más. España será una democracia efectiva, de sustancia y no de forma; es decir la justicia al servicio de las necesidades económicas del pueblo e igualmente al servicio de las posiciones morales, que son patrimonio de su gloriosa historia.»

No de menor importancia son las invocaciones que hace al ciudadano español para el día de la paz, los deberes que a cada cual incumben en esas circunstancias.

La condición de español impone un esfuerzo cotidiano, perseverante, en aras del engrandecimiento de la Patria, con la misma obediencia y disciplina, con la misma fe y entusiasmo, con el mismo espíritu de abnegación y sacrificio con que ahora se lucha en las trincheras.

Como verán los lectores por esta sumarísima síntesis de glosas al discurso, porque ni el espacio de que disponemos, ni la penuria del tiempo, ni la emoción que nos ha producido, consienten más en este día, el Generalísimo se acredita en él de gobernante tan egregio y perspicaz, que bien podemos considerar el de hoy un día de gloria, por haber encontrado España el estadista cumbre en armonía con la grandeza que está demostrando la nación y los anhelos de porvenir que laten en todos los pechos españoles.

Los puntos del discurso son tan fecundos y de tanta transcendencia nacional, que ellos constituirán el tema de glosas y comentarios que en sucesivos días hemos de hacer, con la amplitud y solidez que merecen.

Franco habla desde Radio Nacional de Salamanca

—o—

Según se había anunciado previamente, ayer, a las diez y minutos de la noche, dirigió la palabra a la España liberada y al mundo entero, desde la emisora nacional de Salamanca, Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos, don Francisco Franco Bahamonde.

Puede decirse que en aquellos momentos España y Europa estuvieron pendientes de las sabias y elevadas palabras, que tanta espectación habían despertado, dada la hora histórica en que iban a ser pronunciadas.

El texto íntegro del discurso lo ofrecemos a continuación a nuestros lectores:

«En el nombre sagrado de España y en el nombre de cuantos han muerto por una España grande, única, libre y universal, me dirijo a nuestro pueblo para decirle: Estamos ante una guerra que reviste, cada día más, el carácter de cruzada de grandiosidad histórica y de lucha transcendental de pueblos y civilizaciones. Una guerra que ha elegido a España otra vez en la Historia como campo de tragedia y honor para resolverse y traer la paz al mundo, enloquecido hoy.

Lo que empezó el 17 de julio como una contienda nuestra y civil, es ahora una llamarada que iluminará el porvenir por centenios.

Con la conciencia clara y el sentimiento firme de mi misión ante el mundo, en estos momentos, de acuerdo con la voluntad de los combatientes españoles, pido a todos una sola cosa: unificación.

Unificación para terminar enseguida la guerra, para acometer la gran tarea de la paz, cristalizando en el Estado Nuevo el pensamiento y el estilo de nuestra revolución nacional.

Esta unificación, que yo exijo en nombre de España y en el sagrado de los caídos por ella, no quiere decir conglomerado ni concentraciones gubernamentales, ni uniones más o menos patriotas y sagradas.

Pido unificación en la marcha hacia un objetivo común, tanto en lo interior como en lo externo, tanto en la fe y en la doctrina como en sus formas de manifestarlas ante el mundo y ante nosotros mismos.

Para esta unificación sagrada e imprescindible, ineludible, que está en el corazón de todos, y que ahora esas minúsculas diferencias personales que el enemigo alienta con su habitual perfidia, me bastaría invocar la urgencia de aquellas dos grandes tareas, como acabo de hacerlo. Pero es que también existen razones profundas e históricas para ello en la marcha de nuestro movimiento nacional.

En este instante, en que Dios ha confiado la vida de nuestra Patria a nuestras manos para regirla, nosotros recogemos una larga cadena de esfuerzos, de sangre derramada y de sacrificios que necesitamos incorporar para que sean fecundos y para que no puedan perderse en esterilidades cantonales o en rebeldías egoístas y soberbias que nos llevarían a un terrible desastre, digno sólo de malditos traidores, y que cubriría de infamia a quienes lo provocaran.

El movimiento que hoy nosotros conducimos es justamente esto: un movimiento más que un programa, y, como tal, está en proceso de elaboración y sujeto a constante revisión y mejora a medida que la realidad lo aconseje. No es cosa rígida ni estática, sino flexible, y que, como movimiento, ha tenido, por tanto, diferentes etapas. Podríamos llamar ideal o nueva a la primera de estas etapas. Nos referimos a todos los esfuerzos seculares de la Reconquista española, para cuajarse en la España unificada e imperial de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II. Aquella España unida para defender y extender por el mundo una idea universal y católica. Un imperio cristiano fué la España que dió la norma ideal a cuantas otras etapas posteriores se hicieron para recobrar momento tan sublime y perfecto de nuestra Historia. La segunda etapa la llamaríamos histórica o tradicionalista, o sea cuantos sacrificios se intentaron a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX, para recuperar el bien perdido sobre las vías que nos señalaba la tradición imperial y católica de los siglos XV al XVI. La mayor fatiga para restaurar aquel momento genial de España se dió en el siglo pasado con las guerras civiles, cuya mejor explicación la vemos hoy en la lucha de la España ideal, representada entonces por los carlistas, contra la España bastarda, afrancesada y europeizante, de los liberales. Esa etapa quedó localizada y latente en las breñas de Navarra, como embalsando do en un dique todo el tesoro espiritual de la España del XVI. Y la tercera etapa es aquella que denominamos presente, contemporánea, y que tiene, a su vez, diferentes

esfuerzos sagrados y heroicos, al final de los cuales está el nuestro, integrador.

Primer momento de esta tercera etapa fué el régimen de don Miguel Primo de Rivera, momento puente entre el pronunciamiento a lo siglo XIX y la concepción orgánica de esos movimientos que en el mundo actual son llamados fascistas o nacionalistas.

El segundo momento, fecundísimo, porque arrancaba de una juventud que abría puramente los ojos a nuestro mejor pasado, apoyándose en la atmósfera espiritual del tiempo presente, fué la formación del grupo llamado las JONS, Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, el cual fué pronto ampliado e integrado con la aportación de Falange Española. Y todo él asumido por la grandiosa figura nacional de José Antonio Primo de Rivera, que continuaba así dando vigor y dimensiones contemporáneas al noble esfuerzo de su padre, e influyendo en otros grupos más o menos afines de católicos y de monárquicos, permanecieron hasta el 18 de julio, y aun hasta hoy, en agrupaciones también movidas por noble propósito patriótico. Esta era la situación de nuestro movimiento en la tradición sagrada de España al estallar el 17 de julio, instante ya histórico y fundamental en que todas las etapas, momentos y personas, afluyeron para la lucha común. Ante todo, Falange Española de las JONS, con un martirologio no por reciente menos santo y potente que los mártires antiguos e históricos aportaba masas juveniles y propagandas recientes que traían un estilo nuevo, una forma política y heroica del tiempo presente y una promesa de plenitud española.

Navarra desbordó el embalse acumulado tenazmente durante dos siglos de aquella tradición española que no representaba carácter alguno local ni regional, sino al contrario, universalista hispánico e imperial, que se había conservado entre aquellas peñas inexpugnables, esperando el momento oportuno para intervenir y derramarse, cantando una fe inquebrantable en Dios y un gran amor a nuestra Patria.

Otras fuerzas y elementos encuadrados en diferentes organizaciones y milicias, también acudieron a la lucha.

Todas estas aportaciones al 17 de julio vértice decisivo para el combate final que aguardaba nuestra Historia han luchado hasta ahora encuadradas, en lo militar, por los cuadros de mando de nuestro Ejército glorioso y en lo civil, por sus respectivos grupos, jefes y consignas.

Por tanto, en vista de las supremas razones ya expuestas, esto es el enemigo enfrente y la contextura histórica de una etapa integrada de todas las anteriores, nosotros decidimos ante Dios y ante la Nación española a dar cima a esta obra unificadora, obra unificadora que nos exige nuestro pueblo y la misión de Dios a nosotros confiada y para llevarla a cabo nosotros ofrecemos dos cosas: la primera que mantendremos el espíritu y el estilo que la hora del mundo nos pide y que el genio de nuestra Patria nos ofrece, luchando lealmente contra toda bastardía y todo arribismo. Queremos milites soldados de la fe y no politicastros ni discutidores y la segunda, que nuestro corazón y nuestra voluntad, quedan fijos en los combatientes del frente y en la juventud de España.

No queremos una España vieja y maleada queremos un Estado donde la pura tradición y sustancia de aquel pasado ideal español se encuadre en las formas nuevas, vigorosas y heróicas que las juventudes de hoy y de mañana aportan en este amanecer imperial de nuestro pueblo.

Y ahora yo les diría a las naciones que carentes de sensibilidad e invadidas de un materialismo destructor, venden su prensa al oro de los rojos, entregan sus radiofusoras a las propagandas criminales comerciando con los productos del robo y estrechan las manos de los salteadores y asesinos que el enemigo mayor de los imperios, que el más fuerte peligro para los países, no son los vecinos que un día lucharon noblemente en las fronteras o los que resurgiendo de la vida internacional con pujanza no igualada, reclaman un puesto en el disfrute del mundo. Ha nacido un peligro mayor que es el bolchevismo destructor de una revolución en marcha del comunismo ruso. El enemigo que una vez arraigado es difícil vencer, en que derrumba imperios, destruye civilizaciones, y crea esas grandes tragedias humanas que como la española, el mundo contempla indiferente y que no acierta o no quiere comprender.

Se invoca en la propaganda roja la democracia, la libertad del pueblo, la fraternidad humana, tachando a la España nacional de enemiga de tales principios; ésta -democracia verbalista y formal del estado liberal en todas partes fracasada con sus ficciones de partidos, leyes electorales y votaciones plenos de fórmulas y de convencionalismos que confundiendo los medios con el fín olvida la verdadera sustancia democrática. Nosotros abandonando aquella preocupación doctrinaria oponemos una democracia efectiva, llevando al pueblo lo que le interesa de verdad, verse y sentirse gobernado en una aspiración de justicia integral, tanto en orden a los factores morales, cuanto a los económicos sociales libertad moral al servicio de un credo patriótico y de un ideal eterno y libertad económica, sin la cual, la libertad política resultaba una burla y a la explotación liberal de los españoles, sucederá la racional participación de todos en la marcha al través de la función familiar municipal y sindical.

Crearemos una justicia y un derecho público, sin los que la dignidad humana no sería posible. Formaremos un Ejército poderoso de mar, tierra y aire, a la altura de las virtudes heróicas tan probadas por los españoles y reivindicaremos la universidad clásica que continuadora de su gloriosa tradición, con su espíritu, su doctrina y su moral, vuelva a ser luz y faro de los pueblos hispanos.

Este es el perfil del nuevo Estado el que señalé en octubre del pasado año, y que vamos cumpliendo con paso firme y sin vacilaciones; el que es común a la mayoría de los españoles no envenenados por el materialismo o el marxismo; el que figura en el credo de la Falange Española; el que encierra el espíritu de nuestros tradicionalistas; el que es factor común de los pueblos que, enterrando un liberalismo engañoso, han orientado su política en camino de autoridad, de enaltecimiento patrio y de justicia social; el que contiene nuestra historia española, tan pródiga en libertades efectivas con sus cartas pueblas, fueros y comunidades; el que atesora la doctrina católica, que la totalidad de la nación profesa.

Cuando en un pueblo que se creía vencido surge un movimiento grandioso, como el nuestro; cuando de los triturados restos de un Ejército se levanta el hoy potente y glorioso de nuestra causa; cuando se hace el milagro de cruzar por vez primera un ejército los aires; cuando, de la carencia absoluta de Marina se pasa, con constancia, valentía y laboriosidad, a dominar en el mar; cuando, carentes de oro, se sostiene el prestigio de nuestra moneda, el crédito de nuestra zona y la abundancia y baratura es norma de la vida interior de nuestro pueblo; cuando se dan los casos de heroísmo, individual y colectivo, que el mundo admira, y en cada combatiente hay un héroe y en cada prisionero un mártir, el optimismo más grande invade nuestro ánimo para gritar con orgullo: ésta es España. Y, por último, a esa juventud heroica que en las trincheras lucha; a esos beneméritos soldados que en los frentes resisten alegres las inclemencias del invierno y dan, con admirable desprendimiento, su vida por España, les afirmo que sus sacrificios serán fecundos y que la España que se forja en los duros golpes de los campos de batalla, tendrá unidad y fortaleza, que nada dividirá a la España nacional, que la estrecha unión de la juventud española, generosa, noble sin reservas, no ha de ser por nada ni por nadie desvirtuada, porque quien pretendiera romper este ordenado movimiento nacional, haciendo destacar una inquietud bastarda o queriendo beneficiarse de lo que tanta sangre cuesta, había de tropezar con el patriotismo viril de nuestra juventud y con el empuje de nuestros combatientes, que impondrían un severo castigo a toda tibieza o desunión en el camino de la Patria.

Yo os anuncio el patriotismo y la unión de todos los españoles, la unión más íntima en el servicio de la Patria, y proclamo que muy pronto, terminada la guerra y organizada España, estaréis orgullosos de llamaros españoles.

Cuando el prestigio de nuestra nación la haga digna del respeto de las demás naciones; cuando nuestros barcos, potentes, majestuosos, paseen de nuevo la enseña de la Patria por los mares; cuando nuestros aviones crucen los aires y al mundo lleven el resurgir de España; cuando los españoles todos alcéis los brazos y elevéis los corazones en homenaje de la Patria; cuando en los hogares españoles no falte el fuego, el pan y la alegría de la vida, entonces, podremos decir a nuestros caídos y a nuestros mártires: «Vuestra sangre ha sido fecunda, pues de una España en trance de muerte, hemos creado la España que soñásteis, cumpliendo vuestro mandato y haciendo honor a vuestros heroicos sacrificios». Y los lugares de la lucha, donde brilló el fuego de las armas y corrió la sangre de los héroes, elevaremos estelas y monumentos en que grabaremos los nombres de los que, con su muerte, un día tras otro, van forjando el temple de la Nueva España, para que los caminantes y viajeros se detengan ante las piedras gloriosas y rememoren a los heroicos artífices de esta Patria española.

Españoles todos, con el corazón en alto. ¡Arriba España! ¡Viva España!»

El Generalísimo dirige la palabra al pueblo salmantino que le aclama

Inmediatamente después de la emisión del trascendental discurso se formó una manifestación popular imponente, compuesta por miles y miles de almas, que recorriendo algunas calles de la ciudad salmantina se dirigió al edificio ocupado por el Cuartel General del Generalísimo al que ovacionaba con insistente y enardecido entusiasmo, dando vivas a España y a su glorioso Ejército.

Para corresponder a este espontáneo y grandioso homenaje, el generalísimo Franco salió a uno de los balcones de la residencia, saludando a la muchedumbre. El momento fué de una emoción grandiosa. Las aclamaciones y vítores frenéticos al Caudillo duraron muchos minutos.

Hecho el silencio el Generalísimo Franco dirigió las palabras certeras y elocuentes, a los manifestantes, que acabaron de encender sus entusiasmos en transporte de patriotismo y alegrías indescriptibles.

«Lo que tengo que deciros, os lo he dicho por la radio. Los hombres más heroicos del mundo, los hombres más grandes de Europa, son los hijos de España. (Muy bien, muy bien. Viva.) Una voz: Y tú el mejor. (Grandes aplausos.)

Cuando se lucha en las trincheras como se lucha; cuando se muere en el frente, como se muere cuando se defiende a España, como la defienden falangistas, requetés y soldados, hay una razón y hay un pueblo. (Una voz: Viva ese pueblo.)

A esta lucha, a esta sangre generosa, a este heroísmo, tiene que corresponder la retaguardia, vibrando, animando a los centinelas, animando a los combatientes, llevando ánimos de España, para acabar pronto, con la paz, y con el triunfo de la justicia en nuestro pueblo, con los ideales que están grabados en el corazón de todos los españoles de fraternidad, de amor a España y de grandeza de la Patria; que este movimiento es todo grandeza y, por ella, la unión ha de ser sagrada, un abrazo de todos, porque hemos de recorrer juntos un glorioso camino, llevando sobre hombros españoles el imperio legendario y tradicional que la juventud española forjará, porque lo está fraguando con su sangre pródiga, que está vertiendo en los campos de España, y porque está en el corazón de todos los españoles que gritan: ¡Arriba España! ¡Viva España!» (Grandes aplausos que duran largo rato.)

El Generalísimo, visiblemente conmovido contestó con ademán agradecido a aquellos tributos de lealtad, de adhesión y de amor que el pueblo de Salamanca, en nombre del pueblo español le dedicaba con tan expresivas y jubilosas pruebas.

La jornada civil, de alto patriotismo, escrita en el día de ayer, es desde luego una de las más transcendentales y hermosas que, en identificación absoluta, Caudillo y pueblo, han escrito desde el día glorioso de iniciación del Salvador Movimiento Nacional.

La charla de hoy de García Sanchiz será retransmitida por todas las emisoras de radio

Según anunciábamos en nuestro último número, esta noche a las ocho y treinta, pronunciará una charla ante el micrófono de Radio Castilla, Federico García Sanchiz.

La charla será retransmitida por todas las emisoras de Radio.

El discurso del Generalísimo traducido en varios idiomas

También esta noche será retransmitido en varios idiomas desde Radio Nacional de Salamanca, el discurso del Generalísimo, que después se leerá nuevamente en castellano.

También se retransmitirá la reproducción fonográfica del discurso pronunciado por el Generalísimo ante la multitud que le aclamó anoche en Salamanca después de haberse dirigido a España desde el micrófono de Radio Nacional.